

*S. Lemoine*

(1)

# CONFERENCIAS

PARA LOS

## HIJOS DE DON BOSCO

POR EL

IL.<sup>MO</sup> Y REV.<sup>MO</sup> MONS.<sup>OR</sup>

### Santiago Costamagna

OBISPO TIT. DE COLONIA

VICARIO APOSTÓLICO DE MÉNDEZ Y GUALAQUIZA

Y MIEMBRO DE LA

PÍA SOCIEDAD DE S. FRANCISCO DE SALES



SANTIAGO

IMP. DE LOS TALLERES SALESIANOS

1898

854

*Revista de los Hijos de Don Bosco a Santiago Costamagna vno a 1898*



# CONFERENCIA XII

AÑO EUCHARISTICO

**ANNULLATO**

Biblioteca ISS-DB Santiago, 31 de Enero de 1898

**Roma**



¡Pobres Salesianos de este remoto Vicariato del Pacífico! Ya va un mes enterito que comenzó el año, y todavía no nos ha visitado el tan esperado aguinaldo para año nuevo de nuestro amado padre D. Rua. que para sus hijos ultrandinos debe ser otra luminosa estrella en el vastísimo horizonte de nuestra pobre alma.

Mientras tanto es claro que rige en todo su vigor el aguinaldo del año pasado, que D. Rua nos dió espresado en las palabras: *delicia mea esse cum filiis hominum*. Y ojalá que nuestro buen Padre nos lo repitiera todos los años! No sería cosa superflua por cierto.

Hízome honda impresión hoy en la lectura que solemos hacer en el refectorio, lo que S. Pablo dice á los Thesalonicensis (1.<sup>a</sup> cap. V. v. 18). *In omnibus gratias agite, haec est enim voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis.*

Si todos los hombres, dije para mí, deben dar gracias á Dios, ¿cuál no será la obligación de los Salesianos de este Vicariato, máxime de los de Chile, que han sido casi milagrosamente librados de gravísimas desgracias?

Urge pues, el deber de gratitud para con Dios, y nosotros lo cumpliremos, si Dios nos ayuda, esmeradamente. De no hacerlo así, además del título de ingratos, mereceríamos que Dios, nuestro Señor, suspendiera otros beneficios, de qué con urgencia necesitamos.

Sí, hermanos míos, hemos de pasar todo el año entero dando á Dios gracias incesantes, de manera que este año puédase apellidar: *año eucarístico*, ó sea año de la acción de gracias.

¿Pero cuál será el modo más eficaz para pasar un año realmente eucarístico?—Amando incesante y ternísimamente, y procurando amantes á nuestra vida, Jesús Sacramentado.—

¡El SS. Sacramento! ¡oh! no puedo tocar este dulcísimo argumento sin recordar luego á nuestro Padre D. Bosco, que el Cielo nos arrebatara, van cabalmente diez años en esta misma fecha.

Aun resuenan en mis oídos las palabras con que me daba permiso de presentarme al Obispo para ser ordenado sacerdote. «Si me prometes, decía D. Bosco, de promover siempre la devoción al SS. Sacramento y á María SS. no temas, asciende tranquilo al sacerdocio, yo te lo permito». Se lo prometí, pero por desgracia no he cumplido siempre con mi promesa. Valgan estos renglones para remediar, siquiera en parte, mis culpables descuidos.

Nuestro Padre Don Bosco ¡sí! ha amado continua y fervientemente á Jesús Sacramentado ¡Quién pudiera imitarlo!

Días pasados, relejendo sus preciosas cartas particulares, sus sueño-visiones y sus circulares, persuadíme una vez más de que si Don Bosco logró cubrir la tierra de lirios, y por consiguiente de vocaciones tanto eclesiásticas como religiosas, ha sido por el amor á la SS. Eucaristía, que *verbo et exemplo* supo infundir en los niños, proporcionándoles el riego, casi diría, continuo de ese *Vinum germinans Virgines* mediante la comunión frecuente que asombrosamente propagara.

Hé aquí algunas de sus exhortaciones que yo acabo de copiar.

« *Sanctum Sanctorum permanenter visitetur.*—Mientras estamos en oración delante del SS. Sacramento, nada pueden contra nosotros los porfiados toros infernales. —  
« Nunca se omita la visita cotidiana al Santísimo. — Beza siempre la Santa Misa *pie, attente ac devote.* — Quiero que  
« mis hijos se alimenten á menudo con el Pan de los Angeles. — La comunión frecuente y bien hecha es el modo  
« más eficaz para alcanzar una buena muerte.

Todo Salesiano debería ofrecer continuamente á Dios un ramillete compuesto de rosas, de violetas, de lirios, de genciana, de girasoles y de *espigas de trigo*. (Estas espigas, decía Don Bosco, son símbolo de la frecuente Comunión).

Pero más eficaz que sus palabras fué su ejemplo. Don Bosco ha sido propagador de la Comunión frecuente desde su tierna infancia.—Simple pastorcillo de la familia *Mogliá*, madrugaba los domingos para ir á Moncucco, pequeña aldea situada á una hora de camino, y allí recibir en su pequeño corazón á Jesús Sacramentado. Nada lo arredraba, ni la intemperie, ni los bosques por donde debía pasar, ni el terrible *qué dirá* la gente no acostumbrada á comulgar más que muy pocas veces en el año. Más tarde tentó introducir la comunión frecuente en el seminario de *Chieri*, donde, por un triste resto de jansenismo acostumbrábase tan sólo comulgar de tarde en tarde. Pero, hallando dificultad para poder comulgar diariamente en la Capilla del Seminario, Don Bosco no reparaba en dejar su desayuno, con tal de no perder la Santa Comunión, que cabalmente en esa hora podía hacer á hurtadillas, ayudando á Misa en la Parroquia vecina.

Este amor tan precoz no menguó en Don Bosco. Él pasó su vida amando más y más y procurando amantes á Jesús Sacramentado, y todos sabemos que en sus últimos días al celebrar la Santa Misa no cesaba de llorar. (Vide Diario de su última enfermedad día 2 y 3 de diciembre).

Ahora bien ¿quién se atreverá á llamarse hijo de Don

Bosco sin ser él también como un pequeño apóstol de la SS. Eucaristía, comenzando por la

(a) *Comunión frecuente?* Esto debería ser como el distintivo de cada Salesiano, de cada colegio de Don Bosco —la comunión frecuente.—Una casa ó Colegio salesiano, donde no reine la Comunión frecuente, no tiene razón de ser. Esa casa no camina según el espíritu de nuestro Fundador, que es el espíritu del mismo Dios, y Dios no la bendecirá y por eso mismo esa casa tarde ó temprano debe perecer.

Entiéndanlo bien los Directores, Confesores, Predicadores y Maestros. Cada uno de nuestros Colegios es Casa de Dios, porque en él Jesús Sacramentado sienta sus reales, y se constituye en su primer Director. Pero *Domum Dei decet sanctitudo*; y ¿cómo habrá santidad sin la frecuente Comunión en la que se recibe á menudo la misma S. Intidad, que es Dios?

(b) *Santa Misa.* Después de animaros á la Comunión frecuente os quiero repetir lo que os prediqué durante los últimos ejercicios espirituales:—Hermanos, oigamos siempre el mayor número de Misas que podamos.—Cada Misa es un tesoro tan grande que mayor no se halla, ni en el Cielo. En ciertos colegios nuestros, donde hay más de un sacerdote, con harta facilidad podríamos conseguir cotidianamente no uno, sino varios de estos tesoros. Dije *con facilidad* porque para esto son suficientes cinco minutos.

Prestadme atención.—Enseña el Doctor S. Alfonso que la esencia del S. Sacrificio consiste en la Consagración y en la Comunión, (tomando á lo menos esta última como parte integrante). De manera que se puede decir que él que asiste á la Misa desde la Consagración inclusive hasta que el Sacerdote haya sumido la preciosísima Sangre, asistió al Divino Sacrificio. (Es obvio notar que no se habla aquí de la Misa de precepto en los días festivos, en los que hay que oirla entera). Pero ¡cuantas veces se ven salir algunos un momento antes que el Sacerdote haya sumido el *Sanguis!*

¡Pobrecitos! han perdido desgraciadamente el máximo de los tesoros! Yo bien sé que cuando está de por medio la Santa Obediencia, hay que dejar á Dios por Dios, mas yo me refiero tan solamente á aquellos casos (que no son raros) en que uno sin ninguna molestia suya propia ni de la comunidad, puede amontonar facilísimamente asombrosas ganancias para el Cielo. ¿Por qué no hacerlo? ¿Por qué quedarse pobres con tanto tesoro entre manos?—

(c) *Visitas.* No me es posible no tocar siquiera al vuelo este argumento. En mi último viaje al Perú me asombró la piedad de nuestros alumnos externos del Colegio de Arequipa.

Lo he visto con mis ojos: casi ninguno entraba en la clase sin hacer antes una breve visita á N. S. Sacramentado en la Capilla del Colegio.

¡Llor á esos arequipeños y á sus maestros!

Yo quisiera que todos los Colegios del Vicariato le mandasen un santo desafío.—Estaré contemplando la esforzada lucha, á ver quien llevará la palma.

¡Visitas, Hermanos míos, muchas visitas! Yo no creo en ninguna devoción aunque sea, (por imposible) la tan preciosa que se tiene al S. Corazón, cuando no vea dominante la del SS. Sacramento. Las otras devociones deben ser radios que conducen al centro, que es Jesús Sacramentado el verdadero Manuel, Dios con nosotros. ¡Visitas, muchas visitas!

El tiempo, que se pasa delante del Santísimo, dice San Alfonso, es él que más nos aprovecha en esta vida, él que más nos consuela en la hora de la muerte y él que nos depara más gloria en la eternidad. ¿Habrá todavía Salesianos que hacen la *Visita* sólo á escape? que la postergan habitualmente hasta la noche cuando se habla á Jesús dormitando? que por cualquier frívolo motivo la dejan del todo?

Sin embargo para cacarear con los amigos sobra siempre el tiempo! ¡Qué desatino! No niego que puede haber días en que por más que se busque el minuto para ir á presentarse ante el Prisionero Divino, no se encuentra; pero

sobre ser tales días muy raros, nada ni nadie podrá impedir de visitarlo, aunque sea desde lejos. Es entonces, decía Don Bosco, que debemos suplir, y desquitarnos con repetidos actos de amor, renovando de vez en cuando la pureza de intención en medio de nuestras tareas, que tanto nos distraen.

¡Ah! todo lo que hacemos por satisfacción propia, tengámoslo entendido, lo echamos en saco roto. Mas si al contrario vamos repitiendo actos perfectos de amor á Dios, ganaremos por cada acto un nuevo grado de gloria en el Cielo. Hay aun más—Cuando este acto de amor fuese intensivamente perfecto, dicen S. Alfonso y muchos otros teólogos, nos duplica cada vez el cúmulo de méritos ya adquiridos, en términos que tendremos la siguiente proporción de  $1+1=2+1=4+1=8+1=16$  etc. *Deo gratias et semper Deo gratias!*

Una palabra más y concluyo.

No es raro, por desgracia nuestra, el caso en que comulgamos, oímos misas y visitamos á Jesús en su Tabernáculo, pero no sabemos hablarle, y nos retiramos con las manos vacías, cuando deberíamos sacar cada vez abundantes bienes de la Fuente de todas las gracias.

¿De dónde vendrá tan extraño misterio?

A veces de nuestra tibieza, pero también de la insuficiencia de nuestra instrucción respecto al más dulce de los misterios. Tratemos pues, de ilustrarnos estudiando sus divinas maravillas.

Cuanto más luz habrá, tanto mayor calor tendremos. Tengo á la vista los propósitos que un joven sacerdote de nuestro Vicariato acaba de hacer en los últimos Ejercicios. El me los mandó, para que se los bendijera. Os transcribiré aquí el primero.

«*Base de todo.* Gran devoción á Jesús Sacramentado: *estudiándola, practicándola y propagándola.*»

¡Quiera Dios bendecir el propósito de ese joven Salesiano para que abundantemente lo cumpla, y concédanos á todos la gracia de imitarlo!



De este modo el año 1898 será realmente *eucarístico*, y hará dulce violencia al Prisionero del S. Sagrario para que derrame sobre nosotros, sobre nuestros alumnos y nuestras misiones, sus divinas misericordias. Amén.

Orate pro me.

*Vuestro afmo. en Jesús y María*

✠ SANTIAGO, Obispo



# CONFERENCIA XIII

---

## ¡Las deudas!... — Voila l'ennemi!

---

*Santiago, Marzo 1.º de 1898.*

### CARÍSIMOS:

Debo poner de una vez resueltamente el dedo sobre una tecla bastante desafinada, no reparando en que algunos oídos estrañamente delicados, por ello se resientan.

¡Las deudas! ¡Hé ahí la tecla desafinada, infausta!

¡Las deudas! ¡Hé ahí la pesadilla atroz que nos abruma, la cruel espina que desde algún tiempo nos punza desapiadadamente el corazón!

¡Las deudas.....! esas negras deudas, de las que hablando el docto Senador Antoniano, llámalas: ruina de las familias, cáncer que poco á poco todo lo destruye, monstruo que devora las rentas antes que nazcan.....!

¡Las deudas.....! esas implacables deudas, que hacían clamar á Monseñor Claret de santa memoria. — Señor mío, te ruego: hazme morir sin pecados y sin dinero, pero también sin deudas.....!

¡Las deudas.....! esas espantosas deudas, que fueron apellidadas por la Venerable madre Barat «polilla del es-

píritu religioso, que trae siempre muy malas consecuencias». (Vida T. I. pág. 431).

¡Las deudas y especialmente las deudas con el Banco!... *Voilà l'ennemi*, exclama con su acostumbrada elocuencia nuestro muy amado Monseñor Cagliero, refiriéndose cabalmente á las deudas salesiano-trasandinas.....

—¿Y qué?—dirá alguno, medio despechado por estos tiros míos á boca de jarro.—¿no somos acaso Salesianos? ¿quizás no somos nosotros los hijos de ese Don Bosco, que marchaba adelante á fuerza de hacer *puff*, y parecía no poder vivir sin contraer deudas cuantiosas? ¿No dependemos por ventura exclusivamente de nuestro Rector mayor Don Rua, el cual, cabalmente por ser otro Don Bosco, puesto que es su copia más fiel, no podrá por cierto no alabar deudas y deudores?....—

¡Válgame santa Paciencia, madre de San Lorenzo! ¡Qué disparate mayúsculo!

Don Rua es el trasunto más fiel de Don Bosco. Concedido. Todo el mundo esto lo conoce, y yo quizá más que ninguno estoy persuadido de esta verdad, puesto que la he aprendido de la boca del mismo Don Bosco. Escuchad. Tenía yo cerca de veinte años, cuando mi familia invitó á Don Bosco á predicar un sermón sobre la Invención de la Santa Cruz en Caramagna.

Don Bosco aceptó; quiso que yo le acompañara y así pude pasar un día de paraíso junto á Don Bosco y á mi inolvidable madre. Paso por alto las santas hazañas que nuestro padre fundador hizo ese día en la casa de mis padres; sólo recordaré que, acabada la fiesta y regresando los dos á Turín en un tren nocturno, Don Bosco quiso desahogar conmigo su corazón de padre. Y después de haber hecho pasar uno por uno á los futuros prohombres de la entonces naciente Congregación, regocijándose sobre manera por los favores con que ellos habían sido por Dios favorecidos, al hablar finalmente de Don Rua (que á la sazón era joven sacerdote aún), díjome estas textuales palabras;—mira, Costamagna, si Dios me enviara ahora mismo la orden de partir para la Patria, y me dijera:

«la Congregación que estás fundando no perecerá por causa de tu muerte; búscate un sucesor y pídemle para él todas las dotes, gracias y carismas, que creas necesarios para el desempeño de tan difícil cargo; y yo te prometo que todo se lo concederé».—Pues yo te aseguro, continuaba Don Bosco, que no sabría qué cosa pedir á Nuestro Señor, que ya no la vea poseída por Don Rua.—

Don Rua era pues, desde entonces, según la opinión de Don Bosco, un Salesiano *completo*. Don Rua, digámoslo ó cantémoslo en tono festivo, es todo un D. Bosco vivo y verdadero en cuanto al espíritu.

Ni hay peligro que, al alabar á Don Rua, nosotros de aquende los Andes quebrantemos el mandato bíblico que dice: *ne laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, puesto que el inmenso espacio que nos separa de él, no permite á este buen padre oír las alabanzas que sus hijos le tributan.

Pero volviendo á nuestro argumento, deberé decir: Cabelmente por ser Don Rua otro Don Bosco, no aprobará, ni mucho menos alabará ciertas deudas ingentes, descomunales, inconsultas, como son las que nos están azotando.

En efecto ¿Será bien cierto que Don Bosco gozábase con las deudas, y que tanto más contento se hallaba, cuanto más crecidas estas eran? Nó, señores, nó, ¡jamás! Dígalo sino quien lo ha visto afligidísimo y como azorado, desplegar una severidad, nunca vista, al encontrarse con pesadas deudas, por ejemplo, en la casa recién fundada de Roma y en otras partes. Y eso que aquellas deudas eran, se puede decir, menudencias, si las comparamos con las enormes de acá, que por cierto gozan del triste derecho de formar en primera fila entre las deudas salesianas. ¡Qué diría Don Bosco de nosotros! ¿Y qué dirá necesariamente Don Rua, puesto que es, como hemos dicho, otro Don Bosco? ¡Ah! él se desvive, él hace sacrificios heroicos para lograr socorrernos y adonde no alcanza con los recursos materiales, acude con su bendita pluma, enviando á nosotros ora avisos paternales, ora dulces recon-

venciones, é incitando á nuestros Cooperadores para que, por piedad, nos alejen del precipicio. Léase su última carta á los Cooperadores de Chile; reléanse atentamente sus áureas circulares, muy especialmente la XIII<sup>a</sup> y XVII<sup>a</sup>, donde nos suplica que le saquemos esta espina de las deudas; que no faltemos de caridad para con las otras casas de la congregación, no pagando lo que les debemos; donde nos asegura Dios no bendecirá las casas, que no cumplen este deber sagrado, que tienen con las otras casas hermanas, especialmente con la casa madre de Turín, etc. etc.

—A la verdad, así me escribe el Prefecto de la Congregación. Don Belmonte, ¿cómo podrá nunca Dios bendecir á esos hijos ingratos, que hacen gemir á su madre, abandonándola con tanta ingratitud?—

Conoci á un Director (no ha todavía un cuarto de siglo, ni mucho menos) que, por más que su Inspector le suplicara pagar una pequeña deuda á otra casa, que hallábase en necesidad, no quiso nunca hacerlo; y eso que lo podía sin grave dificultad. Pero Dios no lo bendijo, antes bien lo castigó muy pronta y severamente.

Tiene, pues, razón nuestro amado padre Don Rua. Pero alguien me dirá: Si se contraen deudas grandes es tan sólo para poder hacer un bien mayor, y.....

Ya respondió á esta objeción ese varón esclarecido en ciencia y santidad, Monseñor L. Gandarillas (q. e. p. d.).

—¿Cómo podrán demostrar los Salesianos, así me dijo él un día, que Dios quiera precisamente de ellos ese mayor bien, mientras no les envíe los medios para lograrlo?— Y agregaba—persuadios, mis amados Salesianos, que no todo el bien que hay que hacer en el mundo, debéis obrarlo vosotros exclusivamente.—

Yo sé que hablo á Hermanos llenos de buena voluntad que no tienen más móvil de sus acciones que la gloria de Dios, y el verdadero bien de nuestra Congregación, que lo es de las almas.

Me permitiré por lo tanto, daros aquí algunos avisos conducentes para cancelar poco á poco, con la gracia de

Dios, todas las deudas existentes y á no contraer otras.

Hélas aquí:

1.º Leer de vez en cuando los consejos y preceptos expresados en las deliberaciones y en las cartas circulares de Don Bosco y de Don Rua, donde trátase de la Santa Pobreza, de una prudente economía; y procurar practicarlos, en los viajes, vestidos, libros, refacciones, edificios, etc...

2.º No cansarse, ni creerse nunca humillados por deber pedir continuamente socorro, aunque se nos tilde de pediguñeos y cosa peor; pero hacerlo siempre de un modo noble y prudente.

¿No es éste el consejo de nuestro inolvidable amigo Mons. Riccardi que nos daba en el Congreso de los Cooperadores Salesianos de Bolonia?—La Casa de la Divina Providencia, decía Monseñor Riccardi, jamás debe pedir cosa alguna: Don Bosco por el contrario fué inspirado para acudir á la beneficencia pública. ¡Ah! del Cottolengo si adoptara el sistema de Don Bosco, ¡ah! de Don Bosco si practicase el sistema del Cottolengo. No me cansaré jamás de repetir á los Salesianos: continuad pidiendo, pedid sin temor.—

3.º No contraer deuda ninguna sin el debido permiso de los Superiores, y tratándose de gastos muy subidos no hacerlos sin el permiso *explicito* del Rector Mayor ó del Capitulo Superior.

—Los obedientes Directores míos, cantarán victorias, mas los desobedientes llorarán amargamente por su derrota.—

4.º Considerar el *Banco*, (especialmente durante el angustioso trance por que pasamos), como un monstruo tragador, al cual sus víctimas deben alimentar día y noche, casi diría, con su propia sangre; por consiguiente sentir una especie de terror siempre que se oiga nombrar á ese tremendo Minotauro.

5.º Creerse con el deber de avisar á los Superiores mayores, cuando se constataran graves desórdenes contra la pobreza religiosa, contra la economía bien entendida

etc. y especialmente cuando se tratase de préstamos, dados ó recibidos.

6.º Esmerarse en pagar preferentemente y con prontitud las deudas contraídas con las otras casas salesianas; pues, esto será como un obligar á la Divina Providencia para que nos libre pronto de las restantes deudas.

7.º Finalmente decir á menudo á Dios; *Dimitte nobis debita nostra*, á saber, nuestros pecados primero, y luego nuestras deudas con los hombres; agregando, *et ne nos inducas in tentationem* ¡no nos dejes caer, Señor, en la tentación de hacer otras deudas tan desconuales! ¡No nos dejes caer, no nos dejes caer!

¡Qué año tan triste el fenecido! Mas Dios no nos abandonó y nos es forzoso decir: *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti*. Há sido la oración la que nos há salvado. Pero aun no estamos fuera de peligro. Continuemos dando aldabadas á la puerta de esa Divina Misericordia y esperemos. Dios es nuestro Padre y María Santísima, que es con razón llamada *Thesaurus fidelium*, es también nuestra Madre. Hagámonos familiares las súplicas del Rey penitente: *Erurge, Domine, ne obliviscaris pauperum! Tibi derelictus est pauper* (Ps. 9). *Cito anticipent nos misericordiae tuae quia pauperes facti sumus nimis* (Ps. 78). Y donde se ha comenzado á rezar el Rosario entero, llamado de los quince sábados, que se continúe; y los que se animan, que imiten el ejemplo.

La oración nos salvará del todo, no lo dudemos, pues escrito está: *Oculi tui in pauperem respiciunt;—quoniam non in finem oblivio erit pauperis—non est oblitus clamorem pauperum—* y finalmente *desiderium pauperum exaudivit Dominus* (Ps. 9).

Mis amados Hermanos, veo que os he hablado algo fuerte, y que han sido mis palabras una queja casi no interrumpida. No lo extrañéis: yo ando muy herido, y parece-me no poder respirar sino por esta profunda herida, que me atormenta. ¡Es que me tocó estar en la boca del cañón! ¡Es que tuve que andar bajo una granizada de improperios! ¡Es que hasta fuera de aquí, en el lejano Perú,

y en Bolivia he debido bajar confusa la frente, porque hasta allá, debido á las deudas, encontré humillada nuestra muy noble madre la Congregación! Es que he visto en no pocas de nuestras casas quitarse, por decirlo así, el pan de la boca para enviar pronto socorro á los que naufragaban en las siniestras aguas del fatal maremagnum de las deudas!.....

¿Qué mucho si me siento impulsado á lanzar el anatema contra ciertas deudas inconsideradas?! ¡Ah! ellas son un manantial de murmuración, un viento abrasador que seca en nuestras casas las fuentes todas de la más dulce paz fraternal! Ellas son las que deshonran á nuestra Madre, las que nos arrebatan las vocaciones ya maduras, y sofocan las que están apenas despuntando! Son ellas las enemigas acérrimas del espíritu de piedad; las terribles hadas que, un Colegio lleno de vida lo tornan en un inmenso sepulcro; el tósigo que acibara y acorta los días de los pobres Superiores; son ellas, sí, son las deudas, las que dan margen á los enemigos del Señor para denigrar á mansalva su divina Providencia y dar en tierra con obras colosales, que inmensos sacrificios costaran á los Salesianos y á sus Cooperadores!

Son ellas, en fin, las que hacen llorar á los Ángeles protectores de nuestra Congregación, al paso que el demonio se ríe á carcajadas, porque, sin gastar, por decirlo así, ni un solo cartucho, va ganando por medio de las deudas, tales y tantas victorias, que en su satánico odio jamás hubiera osado esperar!

¡Ah deudas! deudas!

Hermanos míos, ya basta. Orate pro me.

*Vuestro afmo. en Jesús y María*

✠ SANTIAGO, Obispo



# CONFERENCIA XIV

— « 0 » —

## CATECISMO

*Santiago. 1. de Abril de 1898.*

**CARÍSIMOS:**

I. Declame un amigo nuestro, pocos días ha—¿porqué en sus Iglesias no dan los Salesianos un curso completo de instrucción religiosa, mas se contentan con tocar acá y acullá algunas de las verdades evangélicas?—Le contesté que muy pronto se iría á arreglar este asunto; que yo mismo daría la voz de alerta á todas las casas del Vicariato, aconsejando á los Directores que no puedan conseguir tener dos pláticas en los días festivos, (á saber la explicación del Evangelio y la instrucción sobre la doctrina cristiana universal,) que en su plática dominical única, quieran servirse de ciertas ediciones del mejor compendio de la Teología, que lo es el Catecismo Romano, donde hallarán la concordancia del Evangelio de cada Domingo con un punto de la doctrina cristiana.....

Pero hete ahí que mientras mi pluma trazaba este aviso, me asaltaron de golpe varias dudas—Y el pequeño catecismo ¿se hará quizás en todas las casas? ¿lo harán todos? ¿lo harán de buena gana? ¿lo harán con tal prepa-

ración y método que lo tornen provechoso?—Y como las dudas no se disparan, me decidí á seguir escribiendo estos otros avisos.

II. ¡Ay del Director, que abandona ó tolera que los demás descuiden el pequeño catecismo!

¡Ay de los Salesianos, que eso de explicar la doctrina á los párvulos, lo consideran como si fuera un peso, una humillación, un castigo! Escuchad lo que narra el Cantipratense.—En una diócesis de Francia habíase convocado el Sínodo. Un Sacerdote encargado del discurso de apertura, sentado en su escritorio, devanábase inutilmente los sesos en hallar argumento para su sermón. Todo lo que escribía, al instante lo borraba porque no servía. El tiempo apuraba; pocas horas faltaban para la apertura, cuando hete ahí que de repente se le aparece un hombrote de muy fiero aspecto y le dice:—

¡Escribe que yo dictaré! Es orden de Dios ¡ojalá no lo fuera! «*Los Rectores de las tinieblas infernales caramente saludan á los Rectores de las Iglesias parroquiales y les agradecen sus negligencias en enseñar la doctrina al pueblo, porque de la ignorancia nace el pecado y del pecado la condenación eterna etc.*» Y siguió dictando hasta concluir y poner á sus palabras terrible sello. ¿Oísteis? Directores míos, si será serio este negocio?..... No me digáis que no sois párrocos, pues especialmente para los alumnos internos representáis al cura-párroco, por consiguiente debéis *ex justitia* proporcionarles el pan espiritual de la cristiana doctrina. Benedicto XIV, renovando el Decreto de Clemente XI, que prohibía dejar de hacer el Catecismo, aunque fuese un domingo sólo, decretó que se hiciera *etsi unus tantum puer illi assisteret*.—Que tenemos que hacer el sermón—me direis. Mas Don Rua responde:—Cuando os halláreis en la disyuntiva de deber dejar el catecismo ó bien el sermón, dejad más bien este último.

Y ya que he citado á nuestro muy amado Rector Mayor, os recordaré los paternales avisos que, con respecto al catecismo, enviábame allá en mi inolvidable Inspectoría

Argentina.—«Que el catecismo se explique todos los días de fiesta sin excepción; que se haga, por cuanto es posible, en la Iglesia; que no nos contentemos con él que se hace en las escuelas durante la semana, puesto que el catecismo festivo ayuda para santificar las fiestas; que ninguno se exima de hacerlo, ni los Sacerdotes, ni los clérigos, ni tampoco los hermanos cuadjutores!—

Sobrada razón tiene nuestro buen Padre, pues, *unicuique mandavit Deus de proximo suo?* ¡Ah! cuántos de nuestros niños ignoran los principales misterios de nuestra fé. ¡Cuántos no saben hacer bien ni la señal de la Santa Cruz! Niños de corta inteligencia, de cabeza dura, en la que hase de grabar la palabra de Dios, como este mismo Dios lo hiciera en las tablas de piedra, que entregó á Moyses, á sabor: *plane et lucide* (Deut XXVII, 8) esto es, clara y distintamente. ¡Qué tarea tan ardua!

Por consiguiente cuanto mayor es el número de catequistas de que el Director puede disponer, siempre mejor será. El catecismo puédese llamar la piedra de toque del celo de un Director, y como el termómetro de la piedad y moralidad de un Colegio. Descuidado el catecismo, se desmorona paulatinamente el edificio de piedad y todo lo bueno que hay en una casa Salesiana. Es obra santísima y de la mayor importancia, que requiere gran diligencia, dijo Benedicto XIV. Es como una lluvia menuda que torna el corazón del niño en un jardín de flores de virtud.

Es una tarea tanto más noble y provechosa cuanto ménos gloriosa en apariencia. Es la más humilde, sí, pero también la más importante de todas las predicaciones. Es, en fin, la quinta esencia de toda nuestra Santísima Religión. Muchas veces se aprende y retiene más en una respuesta del pequeño catecismo, que en todo un sermón largo y fragoroso. La misma frecuencia de la Santa Comunión tan providencialmente practicada en nuestros Colegios, no será provechosa, si no es precedida y acompañada por catecismos fervorosos, iluminados, constantes.

III. Pero hay por desgracia algunos que no quieren hacer el catecismo; que siempre que pueden, le huyen el

bulto, pues lo consideran como una fatiga ímproba y una humillación ¿Sabéis porqué? Por que no aman á Jesús. El que á Jesús ama, ama también el catecismo, porque el amor le impele á imitar á ese Divino Maestro, que catequizaba á los niños con paciencia y dulzura inefables, porque ellos eran sus delicias, porque ocupaban un lugar preferente en su Corazón. Por este motivo los más grandes santos y las mayores lumbreras de la Iglesia cifraban su gloria en el catequizar á los niños. Ahí está la historia para probarlo. Gregorio Niceno, los dos Cirilos, Basilio y Grisóstomo y el grande San Agustín fueron catequistas celebérrimos. Más tarde San Felipe Neri y San José de Calasanz en Roma, el Card. Bellarmino en Capua, San Francisco de Sales en Annecy, San Vicente de Paul en París, San Carlos Borromeo en Milán, Santo Toribio en Lima, el Beato Valfré en Turín, el Venerable María Vianney en Ars. etc., arrastraban tras sí un pueblo de niños para instruirlos. Y ¿dónde dejaremos á nuestro Don Bosco?

¡Ah! Feliz el salesiano que sabrá seguirle aunque sólo de lejos! Rayaba apenas en los nueve años de su vida cuando ya reunía á los rapazuelos de los *Becchi* en el patio de su pobre casa á fin de repetirles el catecismo recién escuchado en la Iglesia parroquial de Castelnuovo; y en el caserío del buen aldeano Moglia, todos los días festivos y siempre que estaba lloviendo, llamaba á los otros pastorcillos de la aldea, los colocaba bajo un cobertizo sentados en su derredor sobre un montón de heno, y con el catecismo en la mano los instruía con celo de apóstol consumado. Seminarista después, pasaba á veces sus vacaciones en la casa paterna, y sabemos que después de las funciones sagradas del Domingo, se convertía esa casa en escuela de catecismo para los pobres lugareños jóvenes y viejos de los *Becchi*.

Todo esto podemos leerlo en el áureo libro de los cinco lustros, donde se narra además como este apóstol de la juventud librara su vuelo llevando el Oratorio desde la sacristía de S. Francisco de Asís en Turín, hasta al *Hospitalito del Refugio*, luego á los Molinos, después á San

Pedro *in Vinculis*, más tarde á una abierta pradera, y finalmente á Valdocco, de donde, ayudado por Canónigos, Teólogos, Condes y Marqueses, pero especialmente por sus primeros cleriguitos fuése á plantear otros y otros oratorios (que en sustancia no eran sino grandes escuelas de doctrina cristiana) en *Vanchiglia*, en *Portanovo* y en *S. Sulvario*; queriendo siempre ser él, por cuanto le era factible, el primer catequista...

¡Oh Salesianos míos! persuadámonos de una vez que no mereceremos el hermoso título de hijos de Don Bosco, si no trataremos de imitarlo!

IV. Empero sólo hacer el catecismo por hacerlo, no es suficiente. Harto es verdad que se encuentran á veces algunos desganados que lo hacen *spinte*, pero no *sponte*; que hay otros, orgullosos, que van á ocupar la cátedra del catequista con desdén, cual si fuera rebajarse eso de imitar al primer catequista del Mundo N. S. Jesucristo; que se halla finalmente quien lo hace, *sf.*, pero sin preparación ninguna, en completo desorden, ó bien, haciendo consistir el catecismo en puros cuentos y ejemplos.

Cifniéndome á tratar con estos últimos (pues á los primeros y segundos me bastará decirle que con su desgana y tonta soberbia dan señal de que se va apagando en ellos el espíritu de su vocación) les quiero dar algunos consejos que espero les serán provechosos.

Para hacer un buen catecismo, se necesita:

(a) *Preparación remota y próxima*. Nadie crea que se trata aquí de una bagatela. Los entendidos en la materia aseguran que se requiere para el catecismo á lo menos tanta preparación como para los sermones; porque, así ellos afirman, aquí no se trata de hablar á hombres hechos y derechos, sino á niños ignorantes y á menudo muy disipados, cuya atención, sin una buena preparación, es muy difícil obtener.

(b) *Orar* antes de comenzar la explicación; ofrecer esa media hora de catecismo al Corazón de Jesús por mano de María. San Francisco de Sales antes de comenzar, paseaba su mirada sobre el auditorio, encomendándose á

los Angeles Custodios de cada niño, á fin de que le ayudasen para sacar mucho fruto. Este Santo copiaba, pues, á N. S. Jesucristo, el cual, rodeado de su amados párvulos, *complexans eos, orabat super illos* (Marc. X. 16).

(c) *Darles buen ejemplo*, ex. gr. descubrirse la cabeza al pronunciar el nombre de N. S. Jesucristo, de María SS. y del Santo Padre el Papa; demostrar reverencia por todos los superiores eclesiásticos y civiles; manifestar respeto por los padres de los niños, cualesquiera que sean.

Tener el rostro risueño, sí, pero siempre grave. Nada de bufonadas ó de cuanto sea menos decoroso, máximamente si se tratara de criaturas del otro sexo. *Filiae tibi sunt?* dice el Eclesiástico, *non ostendas faciem tuam hilarum ad illas.* (C. XXX).

(d) *Disciplina*. Sin ella no se hace nada. Tratemos, pues, de tenerlos á todos bien en vista, de modo que ni uno solo pueda sustraerse á nuestra mirada; imitemos así al mismo Jesús, del cual dicen los Santos Evangelios que, *sedens docebat de navicula turbas.* (Luc. V. 31.); y á la edad de doce años allá en el templo estaba *sedentem, in medio doctorum, audientem illos et interrogantem eos.* (Luc. II, 46).

Ayudará mucho para obtener disciplina el hacer lo que el marqués Fassati, de quien se lee en los cinco lustros, que, haciendo el catecismo, «interrogaba ya á uno ya á otro inesperadamente y de improviso, con lo cual lograba que nadie se disipase, por el temor de ser interrogado cuando menos se cataba.»

Pero para alcanzar una perfecta disciplina, es indispensable tener un buen

(e) *Método*.—Hablar poco y hacer hablar mucho á los discípulos; hé aquí el secreto. Ellos no pueden seguir un largo discurso, luego diálogos han de ser los catecismos, y diálogos continuos. El que habla continuamente, poco ó ningun fruto ha de sacar. Despiértese la emulación diciendo (ex. gr.):—Antoncito, ¿qué dices tú de esto? Y tu, Luisito ¿qué te parece la respuesta de Antonio? etc. Háganse preguntas variadas sobre el mismo asunto; sáquense ejemplos al canto, comparaciones, cuentitos muy bre-

ves etc; pero evítese á todo trance el error de algunos que convierten su catecismo en explicaciones de la Teología dogmática ó de la Moral de San Alfonso con sus infinitas divisiones y subdivisiones, perdiendo así el tiempo, y embrollando en vez de iluminar la cabeza de sus discípulos. Olvídense el catequista de que él sabe estas cosas, pues, no porque él las entiende, las han de entender ellos también. Tenga mucho cuidado de no hacer ciertas objeciones, á las que no pueda responder muy triunfalmente. Conténtese por lo regular con la exposición sencilla de la verdad, que es de suyo muy persuasiva.

No dejaré de recomendaros que expliquéis las respuestas palabra por palabra; y que las hagáis aprender al pié de la letra, no pasando á la segunda respuesta sin que hayan aprendido bien la primera.

Era esta la recomendación que solía hacernos ese santo profesor del Seminario de Turín, el Teólogo Marengo.

—Si los niños, decía él, no aprenden el catecismo al pié de la letra, como es muy poco lo que entienden de nuestras explicaciones, cuando sean adultos, todo lo habrán olvidado; pero machacando bien esta bendita letra, ella si quiera en parte queda, y cuando sean adultos y sepan raciocinar, lo comprenderán todo muy facilmente.

(f.) *Carácter eucarístico* es el que débese imprimir en todas nuestras explicaciones catequísticas; por consiguiente el catecismo débese hacerlo por cuanto es posible, en la Iglesia delante del Santísimo, repitiendo á los niños que estas mismas verdades las enseñó Jesús, que está allí presente y los está mirando; ó á lo menos llevarlos á hacerle una visita antes ó después de la doctrina, para que los bendiga.

¡Qué frutos tan dulces sacarán esos amados niños de estos catecismos empapados de santidad!

(g) *Peroración*.—Ésta no se olvide nunca por más que deba ser breve. No os canséis de repetirles que hay un solo Dios en tres personas distintas—que la segunda se hizo hombre etc.—que Dios no nos dió la vida sólo para comer etc., sino para amarle, servirle etc.—que la gracia

de Dios es el mayor tesoro del mundo.—que el más noble acto de virtud es el acto de amor á Dios.—que las devociones *reinas* son las dirigidas al SS. Sacramento y á María Santísima—que quien reza, se salva y quien nó, no.—(La tentación á tí? y tú á Dios (Avila)—que un verdadero devoto de María no se perderá—que el pecado es el peor de los males—que basta un solo pecado mortal para ir al infierno—que es mejor dormir con una víbora en el seno, que estar con la culpa mortal en el alma—que es mucho mejor no confesarse que confesarse mal, callando ó bien faltando de dolor y propósito verdaderos—que todo propósito es inútil cuando no se quite del todo la ocasión del pecado—que quien va con malos compañeros, no tiene necesidad de demonios para rodar al abismo—que el vicio contrario á la bella virtud, llena de jóvenes el infierno—que es caridad para con las ovejas gritar *al lobo*, y que no se debe llamar *espía*, sino hombre de bien el que cumple con el grave deber de delatar al escandaloso á fin de salvar al incauto.—(Ve el Regl. de los Seminarios por San Alfonso)—y finalmente que el catecismo es el único libro acerca del cual serán interrogados en el examen final del Juicio particular, puesto que entonces nos preguntará Jesús y fallará sobre si lo hemos estudiado y practicado, es decir si hemos creído, obrado, orado, y recibido los Santos Sacramentos de la manera que cabalmente nos enseña el santo catecismo; que por consiguiente le tengan mucho amor y respeto á ese libro divino, que tengan cuidado de no mancharlo, ni estrujarlo, ni romperlo; que traten de darle siempre un lugar preferente entre los otros libros, y si cayere, por desgracia, al suelo, con prontitud lo levanten dándole un ósculo reverente.

No he de concluir, hermanos míos, esta larga conferencia, sin ornarla de un

#### APÉNDICE

que creo necesario. Día á día se ve á la juventud crecer



en el descuido de la buena educación que se debe tener para con Dios y con los ministros sagrados.

Hasta los alumnos salidos de ciertos institutos religiosos, dejan mucho que desear á este respecto. Directores, maestros y catequistas todos, no ceséis de recomendar esta buena educación á nuestros alumnos, 1.º *con Dios*: que nunca pronuncien el SS. nombre de Jesús á manera de pleonasma ó de exclamaciones por más que ciertas gramáticas y diccionarios lo noten desgraciadamente entre las interjecciones familiares; que no charlen en su santa casa, la Iglesia; que tengan las manos juntas ante el pecho cuando rezan ó se acercan á la Santa Comunión, tratando de evitar esa costumbre militar que cunde en todas partes, la de estar, á saber, de brazos cruzados ante el acatamiento divino. Don Bosco nos ha dado el ejemplo; imitémosle.

2.º *Buena educación para con las cosas santas y con los ministros de Dios*. Luego no solo hincarse al pasar el Santísimo Viatico, sino quitarse el sombrero siempre que se pasa delante de la Santa Cruz ó de otra imagen sagrada y delante de cualquier Iglesia ó capilla católica. Luego saludar siempre y doquiera á todos los ministros de Dios sin excepción.—

—¿Por qué te quitas el sombrero á esos frailes?—preguntó, hacen poco días, á uno de nuestros alumnos un mozallete de la escuela laica.—Y tú, respondió aquel, ¿por qué saludas á tus amigos?—Empero será necesario recordar á nuestros niños que este saludo al sacerdote no ha de hacerse tan sólo por motivos humanos, de amistad, por ejemplo, ó de parentesco, ó de gratitud etc., sino muy especialmente por motivos de fé, puesto que el tal saludo es un acto de religión y una como profesión externa de nuestra fé católica.

Enseñémosles á besar el sagrado anillo y doblar la rodilla delante de los Obispos, venerando así la reliquia del santo Madero que ellos siempre llevan en el pectoral, reliquia á la que se debe un culto de adoración, que llámase culto relativo.

Exortémosles á besar, sin temor al que dirán, el escapu-

lario ó bien la manga del habito de los religiosos Dominicos, Franciscanos, etc. pudiendo ganar por este acto muchas indulgencias. Enséñeseles también á besar la mano de los Sacerdotes más venerables por doctrina ó santidad ó autoridad, pero que lo hagan de un modo comedido y no groseramente y casi estropeándoles las manos, y que tengan además las manos y la boca limpias.

Pero para que nuestras palabras sean eficaces, preceda siempre el ejemplo. Vean nuestros niños que somos siempre nosotros los primeros en saludar á los otros ministros del Señor, quienesquiera que ellos sean. Y ¿qué? ¿quizá por ser nosotros ministros de Dios dejará este otro Sacerdote de ser quien es, es decir, *alter Christus, et post Deum, terrenus Deus?*... Siempre recuerdo que, pasando por Marsella en 1877 quedé muy edificado, porque veía que en esa ciudad todos los Esclesiásticos tanto naturales como extranjeros se saludaban respetuosamente. Imitemos.

Perdonadme, carísimos, lo largo que he sido; orad por mi alma, y recibid un tierno saludo del que *ex toto corde* os bendice en el nombre del Padre etc.

Vuestro afmo. en Jesús y María

✠ SANTIAGO. Obispo

---